

CRISIS MORAL Y ESPIRITUAL Y DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA: ENTRE EL NARCISISMO Y LA DESHUMANIZACIÓN

Salvador Harguindey

*Director del Instituto de Biología Clínica y Metabolismo,
Oncología Médica y Enfermedades Neurodegenerativas*

RESUMEN

El texto presenta una visión profundamente crítica y pesimista de la sociedad contemporánea, denunciando el predominio del materialismo, la superficialidad, el narcisismo y la degradación cultural. El autor considera que la política, los medios de comunicación, la inteligencia artificial y las redes sociales contribuyen a la pérdida de valores espirituales y humanos. Asimismo, señala a diversos líderes políticos actuales como símbolos de una humanidad deshumanizada, dominada por el ego, la ambición y la violencia. Apoyándose en pensadores como Carl Jung, Alexis de Tocqueville, Baruch Spinoza y Aldous Huxley, advierte sobre los riesgos espirituales y sociales de la modernidad. El texto plantea que la humanidad avanza hacia una crisis moral y existencial agravada por la tecnología, el poder económico y la banalización de la vida. Como posible esperanza, propone una renovación espiritual capaz de frenar la violencia y evitar futuros conflictos globales. En la segunda parte, mediante la expresión irónica “qué envidia”, critica conductas que considera desalmadas, inmorales o carentes de empatía. La reflexión concluye denunciando el sufrimiento causado por lo superficial, el egoísmo, el poder casi absoluto del dinero, y la ausencia de conciencia moral.

1. EL PODER DE LA DESHUMANIZACIÓN Y EL NARCISISMO

En estos tiempos cada día más apocalípticos y amenazadores prima lo rápido, lo fácil, lo “práctico”, los valores materiales, y con todo ello la vulgaridad y la decadencia cultural más vergonzosas, con los televisivos *reality shows* a la cabeza, una cabeza sin cerebro. Paradójicamente, las sociedades viven hundidas en la más vulgar superficialidad.

No hay que olvidar en esto el nivel cultural y humano del mundo de la política profesional, una “*democracy*” tantas veces degenerada en “*demon-crazy*”, o sea, en locura endemoniada. Dentro de ella, el ansia de poder, la hipocresía y una zafiedad sin límites se han apropiado de la conciencia del ser humano moderno, ese “hombre en busca de un alma” que tan bien definió el psicólogo Carl Jung, y el que todavía no la ha encontrado, o la ha perdido para siempre.

Más allá de nuestras fronteras, produce una indignación y un estupor indescriptibles ver al hipernacionalista, neonazi e infrahumano Donald Trump diciendo y haciendo una barbaridad detrás de otra, incluso enseñando una Biblia para convencer a todo imbécil de sus creencias y así hinchar aún más su inflado ego, si eso es posible. Los mismos sentimientos provocan el ver al desalmado Putin santiguándose en una iglesia cristiana-ortodoxa, o al genocida, hipernacionalista y nazisionista Netanyahu riendo cínicamente mientras crea un sufrimiento inconcebible y muerte por doquier a millones de seres inocentes en un nuevo campo de concentración de Auschwitz, esta vez al aire libre.

Todas estas barbaridades algunos las justifican merced al derecho que concede un libro escrito hace milenios, una mezcla de sabiduría entremezclada con relatos demasiado infantiles e inmaduros para niños mayores de ocho años. Estos son, entre otros, los *anticristos* de esta nueva y apocalíptica (in)humanidad, hayan sido *democráticamente* elegidos por las masas, o no. Seres que, en realidad, representan el estado espiritual y emocional de los que han permitido y ayudado a que salgan del infierno o bajen a la superficie de la tierra, cual ángeles caídos y *luciferos* reencarnados en su propia y maligna soberbia, hasta infestar y dominar un mundo cada vez más agresivo, violento, autoritario y deshumanizado.

Una maldad a la que se añade y se complica por lo que en su día dijo el director de cine norteamericano Robert Altman sobre la sociedad de su país, paradigma de los dos grandes pecados de la humanidad actual, como son el egocentrismo y el narcisismo: *“Los Estados Unidos se dirigen hacia la estupidez total”*, en la cual un absoluto necio, inculto, emocionalmente inestable y *“red neck”* de presidente le hace creer que lo sabe todo, hasta declarar a una gran audiencia que él es la persona más inteligente que nunca podrán conocer, mientras que sus opuestos, los sabios, aceptan humildemente que saben muy poco, o como Sócrates, que decía saber tan solo que no sabía nada. Paradojas de la vida.

La estupidez acaba así en una estulticia social mayoritaria *made in USA* que no se detiene ante nada, además de demostrar a cada paso una gran iniciativa propia, lo que acaba envenenando y apoderándose de todo el tejido social. Según dijo Buda, *“el egoísmo, la codicia, el miedo, el mal y la infelicidad, todo proviene de la estupidez. Así, la estupidez es el peor de los venenos”*. De ahí que de la estupidez humana provengan todos los peligros impredecibles y desastres incontrolables. Por lo que no se ve siquiera en lontananza salvación alguna, presente o futura.

El profético libro de Alexis de Tocqueville: *“Democracia en América”*, publicado en 1835, nos previene de algunos de los peligros de la democracia para el ascenso de la naturaleza humana hacia la excelencia y el espíritu, que son reemplazados por el todopoderoso materialismo. Este acaba por llevar al hombre moderno a no encontrar su alma y por ello a convertirse en la penosa víctima de una soledad cósmica maquillada por la tecnología y el narcisismo maligno como orgullosos y falsos estandartes del Brave New World, ese deprimente y patético *“Mundo Feliz”* que, cual antesala del Infierno, nos adelantó proféticamente Aldous Huxley. Al fin y al cabo, *“las mayorías ocasionalmente tienen razón, las minorías a veces, y el individuo siempre”*, Henrik Ibsen dixit.

De parecidas limitaciones escribe el gran Spinoza sobre la democracia, aunque él mismo se declarase demócrata, en su *“Tratado político-religioso”*. Para este gran hombre de espíritu y filósofo, el problema religioso y el político son dos aspectos de un mismo problema, tal vez como sucede hoy en día con el estado de Israel y otras naciones, *“rogue”* o no.

Por el camino que conduce hacia la creciente idiocia social y colapso ético, cuando no muerte anunciada de la civilización moderna, con la gran ayuda de ese incontrolable y aburrido cáncer metastático de las redes sociales, la existencia se hunde progresivamente en una espiral descendente hacia un pozo sin fondo (¿el *“bottomless pit”* o infierno bíblico?). El imparable avance de la nazitecnología -como la ha denominado el papa León XIV- el prácticamente infinito poder del dinero, la tantas veces cruel competitividad y, finalmente, una banalidad que a veces se hace insufrible para cualquier conciencia sensible, empática y evolucionada, mandan en el mundo actual cual Luciferos reencarnados. La consecuente pérdida de sentido vital corroe por dentro y por fuera al hombre actual. El Apocalipsis espera a la vuelta de la próxima esquina.

El modernismo triunfante, a pesar de sus innegables éxitos en muchas áreas, hace tiempo que también perdió su alma en el disimulado Hades del omnipotente ego. Mientras que, al ser humano, su víctima propiciatoria, lo vacía de su verdadero ser esencial, que está más allá de cualquier tinte egoico -por lo tanto, aún muy lejos de ascender a la supraconciencia del espíritu transpersonal-, y al cual solo le queda caminar a la deriva paseando su creciente confusión psicológica y solitario aislamiento espiritual en un cada vez más insufrible, atormentado y solitario, océano psíquico.

Posiblemente, la única esperanza de pacificación reside en ver si el papa León XIV y otros líderes religiosos como el Dalai Lama saquen a la luz, incluso antes de que sucedan, los previstos millones de catacumbas de esa Tercera Guerra Mundial con la que, tan ufana e irresponsablemente anuncian y amenazan, -¿y en su fuero interno desean?-, tanto *Bloodymir* Putin como el psicópata narcisista de Donald Trump y su gran hermano Netanyhau. Esperemos que todas las religiones tengan la sabiduría y el coraje necesarios para unir las grandes cesuras de las autocreadas y sadomasoquistas heridas existentes entre unos líderes mundiales tan desalmados como subhumanos. Lo que, tal vez, todavía pueda suceder merced a esa milagrosa sutura inconsútil que es la mente de Cristo. Pues tal vez sean las religiones del espíritu, juntas unas y otras, lo único que aún tenga la fuerza y credibilidad suficiente para desarmar o, mejor aún, cambiar milagrosa y metanoicamente las conciencias diabólicamente enfermas de esos ciegos Anticristos políticos de principios -o de finales- del siglo XXI. Postdata a esta sección. Al fin y al cabo, como dijo Albert Einstein: *“La humanidad tendrá lo que la humanidad merezca. Pero si hay una tercera guerra mundial, la cuarta será con piedras”*.

2. LOS DESALMADOS EN NUESTRA EXPERIENCIA. ¿QUÉ ENVIDIA NOS DAN!

Qué envidia dan los que presentan o dirigen programas de televisión dirigidos a ensalzar la malevolencia, la hipocresía y la estupidez humana y no viven avergonzados de hacer lo que hacen sin aceptar que es más digno morir de hambre.

Qué envidia da esa rara y decepcionante raza de los políticos profesionales en un país con 40.000 personas sintecho, sobre todos los que no paran de reír, lo que nos hace preguntarnos de qué o de quién se ríen.

Qué envidia dan esos directores de grandes bancos que desahucian de sus hogares de toda la vida a personas mayores e indefensas (el neoliberalismo capitalista como deidad del Becerro de Oro), provocando incluso suicidios por desesperación, pero, eso sí, y lo hemos comprobado personalmente, van a la iglesia a comulgar todos los domingos.

Qué envidia dan los que no sienten compasión alguna, e incluso prohíben a otros evitar que niños abandonados y adultos hambrientos se ahoguen en el mar por ser tan diferentes a nosotros, aunque en una sola cosa: en de que ellos no tienen nada para dar de comer a sus hijos al día siguiente.

Qué envidia me da algún presidente de algún país, psicópata megalómano y maligno narcisista, inculto e ineducado mentiroso compulsivo con *pseudología phantastica*, a lo más un tío Gilito yanki de la familia Donald, Mister Scrogge McDuck, que sólo sabe de dinero y nada de la naturaleza humana ni de humanidad, empatía o compasión.

Qué envidia dan esos que se recorren medio mundo y dilapidan fortunas para torturar animales salvajes o elefantes (pues a estos últimos hay que disparatarles en una pata para que se estén quietos) para hacer de todo ello un “trofeo de caza” y sentirse así muy orgullosos del narcisismo y presunción de sus inflados y enfermos egos.

Qué envidia me dan esos jóvenes que consiguen sentirse tan bien maltratando y abusando de unos padres que les han dado todo su amor y desvelos durante cada día y noche de sus vidas.

Qué envidia siento que algunos hombres consigan odiar a personas que en su día amaron y de algunas madres que se queda tan tranquilas abandonando solo a un hijito en un parque o en una calle como cebo para cualquier depredador y se van a su casa con total indiferencia de lo que le pueda suceder a su hijo.

Qué envidia siento por no poder censurar y prohibir ciertos programas de la televisión donde triunfa la zafiedad y degradación subhumana más absoluta.

Qué envidia hemos de tener de tantos y tantos narcisistas, parásitos e inútiles que viven tan bien de la política profesional -como profesión algo tan innecesario como dañino- porque no valen para otra cosa.

Qué envidia dan las profesiones de bloguero, facebooker, youtuber, influencer, hasthager, experto en redes sociales, etc., porque ya tiene mérito ganarse la vida sin por lo general servir para nada.

Qué envidia dan los que han inventado un Dios personal a gusto de sus miedos y egoísmos, con una voluntad como la suya, que justifica y alienta todas las barbaridades que los seres humanos han llevado a cabo a lo largo de los siglos.

Qué envidia dan los manifestantes de cualquier hipernacionalismo por no haber aprendido que los nacionalismos son la enfermedad pediátrica de la humanidad y el alma de lo peor y más indiferenciado que el ser humano puede adorar y esconder dentro de su corrupta y primitiva conciencia.

Qué envidia dan aquellas víctimas inocentes que se salvaron de ser masacrados en cámaras de gas pero que ahora se han convertido en, sonrisa en boca, verdugos genocidas para masacrar a otros seres inocentes.

Qué envidia nos dan tantos seres humanos cuya esencia y valores residen en la búsqueda irrefrenable de dinero, fama y poder a cualquier precio.

Y finalmente, los desalmados nos dais envidia porque, como lo que sufre es el alma empática, vosotros no sufrís.